

# El saludo de Isabel

Jorge Rodríguez

En su delicioso Evangelio nos narra San Lucas el saludo de Santa Isabel a su joven pariente María, cuando vino ella desde Nazareth a visitarla.

Hacia miles de años que Dios había prometido mandarnos desde el cielo al Salvador del mundo; pero pasaba el tiempo y la promesa parecía tardar en cumplirse. Hasta que al fin un Mensajero divino, San Gabriel Arcángel, trajo a la Virgen Inmaculada el estremecedor anuncio de que el Verbo Divino ya se iba, al fin, a presentar, y en la forma asombrosa de la Encarnación. ¡Estupenda maravilla del amor a Dios!

En pocas palabras cuenta el Evangelista el hecho admirable. Gabriel saluda a María; le trasmite el divino Mensaje; espera su contestación libre; escucha la humildísima aceptación y se retira con su misión cumplida.

Pero antes de irse comunica a la jovencita una noticia. Que no es una curiosidad, sino que tiene su intención, medio secreta, medio clara: también Isabel ha concebido por milagro del Todopoderoso, y ya está en el sexto mes la que toda la gente tenía por estéril, pues ya era anciana y sin hijo.

María comprende al Ángel y prepara su viaje. Necesita desahogar su corazón con alguien que la entienda bien, y que juntas bendigan al Señor.



Sólo que el viaje es largo e incómodo. Son ciento cincuenta kilómetros de caminos ásperos y viejos, a pie o en algún burrito. Se gastarán cuatro o cinco días para llegar; con todas las incomodidades que eso significa. Pero María va; y volando más que andando. Quiere cantar la misericordia de Dios con toda su alma y a coro con otra persona privilegiada.

Isabel vive en la región montañosa del Sur, en Judea, en un valle muy lindo, en un pueblecito llamado Ain Karim a siete kilómetros al Occidente de Jerusalén.

María entró en la casa y saludó a Isabel. Pero ésta, apenas escuchó la voz de su joven prima, sintió irrumpir en su alma la luz y la fuerza del Espíritu Santo, y exclamó a voz en grito, transportada: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanta gloria, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?”

En un segundo, sin ninguna explicación humana, sino sólo por impulso divino, Isabel lo había comprendido todo.

Ahora detengámonos un momento en las primeras palabras de Isabel: “Bendita tú entre las mujeres”.

El pronombre tú tiene una importancia muy notable dentro de la frase. Si se suprime, la Virgen queda siempre bendita entre las mujeres, pero casi como una de tantas; una bendita entre tantas mujeres benditas; y no es eso lo que quiere significar Santa Isabel. Lo que quiere decir y proclamar con fuerza es que María es, entre todas las mujeres, la bendita por excelencia; la única mujer del mundo, a lo largo de todos los siglos, que ha recibido plenamente y para siempre, la incomparable bendición de ser la Madre de Dios. Por tanto, hay que ponerle énfasis a ese tú, y no saltárselo, porque tiene su significación, y fuerte.